

un matrimonio muy católico

maurice godelier *

Traducción de MARIA LUISA JARAMILLO

el

Lamento que las circunstancias me impidan hacer algo más que unas observaciones sobre el último libro de Georges Duby, pero quise sin embargo asociarme al homenaje que se le hace a un hombre y a una obra que admiro. Leí como de costumbre con placer y provecho **El caballero, la mujer y el cura** ⁽¹⁾. Tengo que decir que me gusta la manera de escribir que Georges Duby inauguró en **El Domingo de Bouvines**. Un hecho conocido por todos alrededor del cual el autor crea poco a poco la distancia que lo vuelve de nuevo insó-

lito, es el gran rodeo, por textos o por otras huellas, si existen, para desgarrar por fin la opacidad reconstruida del hecho histórico y darle un sentido inteligible para nosotros y restituido al nivel más profundo del movimiento de las estructuras sociales.

Ocurre lo mismo en este libro que comienza con la llegada del papa Urbano II a Clermont, en el otoño de 1095, donde va a excomulgar a Felipe I, rey de Francia, por haber cometido el pecado de incesto. Y desde allí vamos a ser conducidos por desvíos sucesivos a lo largo de dos siglos de historia de Francia, hasta el momento en el que las consecuencias de esta excomunión van a aparecer ligadas a un gran movimiento, la institución del sacramento del matrimonio en todas las capas de la sociedad, movimiento que pesará sobre todo en primer lugar sobre las clases altas de esta sociedad, sobre las

* Director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Acaba de publicar en Fayard *La production des grands hommes chez les Baruya de Nouvelle Guinée*.

1. Georges Duby, *El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia feudal*. Madrid, Taurus, 1982.

prácticas matrimoniales de los príncipes y de los grandes. Y casi que esperamos, al cerrar el libro, ver al autor que nos dice con un guiño cómplice: "Elemental mi querido Watson". Por supuesto, sé que este estilo puede irritar. Y sin embargo me parece muy ventajoso leer un libro que se dirige a varios públicos, pero que deja todas las notas in fine, en un lugar que le permite al especialista el placer de consumir la erudición con toda tranquilidad.

Pero regresemos a algunos puntos claves. Como antropólogo, podría traducir toda esta documentación en términos técnicos, y diría que Duby demuestra la transformación, acelerada en el viraje del año mil, de un sistema de parentesco de tipo de cognación en un sistema de linaje, patrilineal, agnaticio. Es necesario explicar este vocabulario. En un sistema de cognación, un individuo (mujer o hombre) define su parentesco a partir de sus diversos ascendientes paternos o maternos. Estos sistemas revisten una mayor complejidad que los sistemas patrilineales o matrilineales, que están siempre desequilibrados hacia uno u otro lado. Ellos tienen, como dicen los antropólogos, una inflexión ya sea patrilineal o matrilineal. Al leer a Duby se tiene la impresión de que, antes del siglo XI, los matrimonios de los nobles surgen de un fondo antiguo de costumbres germánicas y sajonas. Se sabe que en el siglo XIX, antropólogos como Morgan, apoyándose en los textos de Tácito sobre los Germanos, consideraban que estos últimos tenían un sistema matrilineal. Actualmente las cosas están menos claras que en ese entonces, y no se está seguro de que las relaciones de parentesco entre los Germanos de la época de las invasiones de Europa hubieran sido verdaderamente matrilineales. Pero sí se está seguro de que el peso de las mujeres en la sociedad, tanto en los asuntos públicos como en los asuntos matrimoniales, era muy grande.

El punto de partida del movimiento que reconstruye Duby sería pues el de un sistema de cognación, en el seno del cual las líneas paternas y maternas se asocian para definir el estatuto de cada uno, con

un peso más grande de los hombres y una práctica general de la poligamia. Poligamia que le otorga un estatuto superior a la primera esposa, lo que es frecuente en el mundo tribal.

Un signo etnológico de esta mezcla de las diferentes líneas para definir el estatuto de cada uno parece ser la referencia a la existencia de una esperma femenina que se habría unido al esperma masculino en la concepción del niño. Los etnólogos de hoy se inclinan cada vez más hacia las representaciones indígenas de las sustancias corporales, el esperma, la leche, la sangre y tratan de captar los vínculos entre estas representaciones y la estructura de las relaciones de parentesco que existen en una sociedad. Es así como en las islas Trobriand, sociedad matrilineal descrita por Malinowski, no se piensa que el esperma esté en el origen del embrión. El es representado como una sustancia que nutre este último y como el que modela las formas exteriores. El niño nace de la fusión entre la sangre menstrual femenina y un espíritu que pertenece al clan de la madre que se reencarna así en el vientre de una de sus descendientes.

Aun cuando Duby se lamenta de no poder escribir una historia de la carne y la sangre, debe ser posible sin embargo encontrar en los archivos fragmentarios que nos quedan, el lenguaje que las diferentes épocas le han dado a las sustancias corporales ligadas a la sexualidad. Naturalmente, los textos que han llegado hasta nosotros fueron escritos por hombres, y por hombres dedicados a la castidad y al celibato. Pero tal vez la mirada etnológica podría sacar algo de allí, un poco más, al ir por otra parte en el mismo sentido de Duby, es decir buscando sistemáticamente los vínculos entre el movimiento de las representaciones del cuerpo y el de las relaciones sociales.

Pero regresemos a ese movimiento que hizo pasar de un sistema de cognación a un sistema agnaticio. Este debería, en efecto, conllevar "lógicamente", como lo descubrió Duby, una disminución gradual del

poder de las mujeres y una ampliación del poder de los padres sobre sus hijas o de los hermanos sobre sus hermanas.

Pero si este movimiento de construcción de linajes agnaticios que transmiten de manera cerrada patrimonios territoriales, títulos y otras riquezas sociales a un número muy reducido de hijos, corresponde a una época de consolidación del sistema "feudal-señorial", ¿nos podemos plantear la pregunta de saber lo que salió del movimiento inverso descrito al final del libro, el movimiento de relajación del siglo XIII? En ese momento los hijos menores se casan en mayor número, los señores se multiplican, permaneciendo, parece, cada vez mejor insertados en un sistema de tenencias feudales. ¿Se vuelve en esta época hacia un sistema más agnaticio, o por el contrario se asiste a la multiplicación y a la profusión de segmentos de linaje aristocráticos?

Pero ya, con esta pregunta, franqueamos los límites temporales del libro. Vamos a volver a él con otra observación, a su punto central: la teoría del incesto. Confieso que el libro no da completamente las razones del principio de los siete grados de consanguinidad que fueron escogidos en un momento de la historia de la iglesia para definir el límite en el que el matrimonio era prohibido. Para un antropólogo, esta norma que extiende tan ampliamente la prohibición del matrimonio, parece a la vez excesiva y arbitraria porque obliga a buscar tan lejos a los parientes políticos posibles para el matrimonio que parece impracticable.

Es cierto que la consecuencia de una prohibición como ésta era la de obligar a los nobles a buscar más lejos en el espacio a sus esposas y por lo tanto sus alianzas político-matrimoniales. En este sentido la prohibición de siete grados de consanguinidad habría forzado a toda la sociedad aristocrática a movilizarse, a practicar intercambios a muy larga distancia, a ampliar sin cesar y a complicar su red de dominio. Pero esto no suprime el carácter un poco artificial de la norma, que no corres-

ponde a lo que se constata en las sociedades tribales donde las reglas del incesto son conocidas por todos, pero ofrecen menos campo para las interpretaciones contradictorias y a confusiones. Porque ¿acaso no se ve en el libro que los nobles manipulan las normas de la iglesia para disolver sus matrimonios sucesivos, mandando a hacer cuando les conviene una investigación genealógica que descubra que su esposa era su pariente en cuarto grado?

Por otra parte ¿cómo podría ser respetada esta prohibición del incesto para la masa de campesinos que probablemente se casaban en el mismo lugar, en su pueblo o en un pueblo vecino y se convertían muy rápido en primos? Por supuesto, nunca sabremos gran cosa sobre esta parte de la sociedad que casi no interesaba a los cronistas, y Duby nos lo advierte. Pero ¿estuvo la iglesia obligada a tener dos pesos, dos medidas en este gran movimiento de reforma del matrimonio que llevó a su sacramentalización?

Finalmente, una última observación, si todavía no todo está claro en este carácter casi excesivo de las normas del incesto impuestas por la iglesia, que van más lejos pero en el mismo sentido, yo diría que no todo está todavía claro en la función de la iglesia y de la religión en el seno de esta sociedad en vía de feudalización. Duby, al relacionar su último libro con el precedente, nos dice en las páginas finales que el movimiento de sacramentalización del matrimonio, de toma de posesión, de toma de control por la iglesia de una institución central de la sociedad, converge con el movimiento que define y estabiliza la nueva sociedad en el lenguaje de los tres órdenes. Pero confieso que, para mí, el engranaje de los dos movimientos no está todavía claro. Es todo el lugar de la religión y de la iglesia en la formación y la transformación de nuestras sociedades occidentales la que se encuentra planteada aquí. Porque, concretamente, esos obispos que querían reformar las costumbres, tanto las de la iglesia como las de la nobleza y las de todas las capas de la sociedad ¿no habían ellos mis-

mos salido de la aristocracia? ¿No se enfrentaban con sus hermanos y sus primos con los cuales habían compartido educación y juegos? ¿De dónde venían sus deseos de reforma y la energía desplegada para triunfar?

Al leer a Duby, se tiene la impresión que lo que llamamos hoy "lo político" y su complemento, el uso legítimo de la violencia armada, no eran suficientes para remodelar en profundidad a las sociedades salidas de la antigüedad y de las invasiones germánicas y en proceso de transformación desde hacía siglos. Sólo la religión tenía la capacidad de hacerlo, la iglesia se encontraba así en el doble juego de producir la nueva sociedad y de expresarla. Sin lugar a dudas, Duby nos acercará pronto al momento en el que comprenderemos por qué la cristianización de las masas no fue un simple reflejo de las transformaciones de las relaciones de producción, sino que fue una de las condiciones a la vez de su nacimiento y de su generalización.

Terminaré con una anotación personal. Como muchos de aquellos que reci-

bieron una educación cristiana, creía que el matrimonio había sido desde siempre un sacramento, desde la primera predicación de los evangelios. Cuál no sería mi sorpresa al descubrir que todo eso no había comenzado sino mucho más tarde, después de diez siglos. Al saberlo, tuve la impresión de pronto de que el sacramento del matrimonio estaba desacralizado. Esto es lo que cada antropólogo encuentra en el terreno cuando descubre una de las mil maneras que la humanidad ha inventado para casarse y transmitir de generación en generación status, riquezas, deberes y derechos. Y para mi información, algunos meses más tarde, después de Duby, Jacques Le Goff me enseñaría cuándo y cómo nació el purgatorio. ¿Hasta dónde iremos en este movimiento que muestra a los hombres en el nacimiento de los dioses?

Magazine Littéraire N° 189, noviembre de 1982. pp. 34-36.